

Sra. María Loreto Marín Estévez¹

Sr. rector de la Universidad de los Andes, Orlando Poblete, autoridades presentes, amigos y amigas, familiares.

Cuando se me pidió que abriera este acto, pensé cómo hacerlo brevemente, cómo explicar los motivos, cómo relatar el proceso de los caminos que me he trazado y cuál fue el impulso que me llevó a seguir sus huellas.

Como todos sabemos, durante el proceso de la Independencia, la imagen religiosa del arte colonial ocupó un lugar especial y, por lo general, se mantuvo ligada a familias y tradiciones, ocupando un espacio importante de la piedad privada. Obras realizadas o provenientes del Ecuador, del Perú y de otros países de América, quedaron resguardadas en antiguos conventos y congregaciones. Algunas fueron rescatadas y otras conservadas por el amor de un patrimonio nacional.

Es preciso, primero, formularse varias preguntas: ¿qué es lo que esperamos y dónde van las huellas de nuestro caminar? ¿Una historia viva que hoy finaliza o un horizonte que comienza?

Desde muy joven, la naturaleza me era atractiva, quizá por vivir largos periodos en el campo y en la soledad de él. Con los años, la sensibilidad por lo religioso fue marcando un camino que me invitaba y me servía de socorro. De seguro, la influencia religiosa de mi casa y la educación recibida en el colegio, más la vida sencilla y autoritaria de mis padres, contrastada con mucho amor y protección en mi juventud, me enseñaron a conocerme a mí misma.

Salida del colegio, no dudé que las artes eran mi camino. Participé en talleres de arte religioso en el Instituto de Cultura Hispánico, luego en el Bellas Artes de la Universidad de Chile, y también en España, en la Universidad de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

El tiempo en España señaló definitivamente mi futuro horizonte: la escultura y en especial la figura religiosa, que aprendí a modelar, marcaron mi caminar. El arte religioso me llamaba, acrecentaba mi fe y me acercaba al Señor.

Luego mi matrimonio, nuevamente alejada de la ciudad la mayor parte del año, entre bellos y naturales paisajes y con la majestuosidad de una cordillera que nos separa del mundo y nos protege, entre gavillas y cosechas de granos. Jamás abandoné la belleza y la búsqueda de ella, especialmente en

el arte religioso, porque éste es misionero, porque en cada imagen encuentras los mejores elementos para manifestar tu devoción y acrecentar tu fe.

Primeramente, fueron los encuentros con Nacimientos o pesebres y Dios Niño. Modelé y trabajé perfeccionándome en esos años de transición.

Mi gran devoción por San Antonio de Padua, comunicada por mi madre en torno a narraciones sobre un pequeño cuadro del santo —que había salvado a mi abuela en un incendio—, me llevó a encontrar y comprar en Lima una de mis primeras figuras de este milagroso santo.

La amistad con varios coleccionistas me incitó a aumentar mi afición, coleccionando cuadros, virgencitas, santos y Niños en figuras religiosas. A muchas de ellas tuve el privilegio de vestir y adomar, especialmente en los fanales, que necesitaban mayor preocupación por la infinidad de figuras que guardan, u otras que, con tanto amor, se entregan como regalo al Niño.

Mis ahorros terminaban con estas compras que, frecuentemente, me eran imposibles de resistir. Luego de las colecciones de fanales o umas de cristal, crucifijos, ángeles y huamangas, continué con la belleza del arte de Rusia, que me cautivó después de un viaje a ese país.

Los íconos me fascinaron: encontré en Jerusalén, en Londres, en Suiza, en remates en Chile, y en colecciones privadas, los que fueron llenando parte de mi casa.

Cuarenta y cinco años de búsqueda, sumados a la conservación y mantenimiento de cada figura y objeto sacro, me hicieron preguntarme cuál sería el destino de esta colección: ¿quién los querría como yo? ¿Cuál sería la suerte, después de mis días, de estas queridas y protectoras figuras, compañeras en mi capillita, en mi dormitorio, en la sacristía y pasillos de mi casa? Sin duda, tenían que quedar juntas en el mismo lugar. La idea de un museo se hizo luz en mi mente.

Primeramente, hice una seria identificación de cada pieza, realizando un trabajo fotográfico para conservar y recordar su historia. Más adelante, en 1997, la edición de un pequeño libro sobre el Santo Rosario y otro de oraciones a la Santísima Virgen, abrió una nueva veta para la incorporación de plegarias meditadas a partir de estas imágenes. Y en 2002, en otro libro que escribí sobre la devoción al Sagrado Corazón, también se incluyeron muchos de los cuadros y figuras que hoy están conservados en este lugar.



¿Era importante conocer el pensamiento de mi familia antes de tomar esta decisión de donar estas queridas piezas? Sí y no, pensé. Hoy día hay otras prioridades en los más jóvenes. La disgregación de la colección no era, precisamente, lo que yo había soñado. Luego de varias experiencias y conversaciones con otras instituciones, hace más de cuatro años, mi elección fue la Universidad de los Andes.

¿Qué es lo que me llevó a elegirla? Su seriedad y responsabilidad. Y la esperanza de que sería una brecha para invitar a otros a donar, aumentando así un patrimonio cultural del Chile colonial, una artesanía religiosa de América, con reminiscencias del arte bizantino presente en el ruso, arte difícil de conocer e interpretar.

Algunos intervalos, variadas fases que finalmente se concretaron, visitas de un grupo precursor de estudiosas y restauradoras de arte —que junto a Isabel Cruz entregaron sus conocimientos y sus manos— fueron la segunda etapa para determinar el estado y conservación de los objetos. La conservación y restauración fueron temas que propuse a la Universidad desde un comienzo, con anterioridad a la entrega de estos objetos.

¿Es fácil desprenderse? De verdad, uno se pregunta en qué mejor lugar podrían haber quedado mis queridos santos. La vida pasa, todo tiene su tiempo y su momento. Imagino que visitar este lugar será enriquecedor para muchos e incitará a los más jóvenes a comprender y valorar su contenido, así como el espíritu y sensibilidad del artista originario.

Agradezco a la Universidad de los Andes por la acogida de estos queridos objetos, y a todo el equipo de personas que ha colaborado investigándolos y restaurándolos. Gracias a este grupo de amigas por su trabajo serio y definitivo, porque ellas dan y entregan una escuela para las nuevas generaciones, pues los patrimonios son la base de las culturas.

Gracias a todos por su compañía... Muchas gracias.

¹Este es el texto que leyó la donante de la colección que dio origen al Museo de Artes de la Universidad de los Andes el día de la inauguración de este último, el 7 de octubre de 2010.